

ENRIQUE VALDÉS. PRESENTACIÓN DE *TRAPANANDA*¹

Luis Bocaz

Enrique Valdés escogió un título con una sobrecarga evocativa que se remonta a la época de la conquista. Lo quiso señuelo de una atmósfera narrativa que oscila entre la ficción y la realidad, entre la región real y la comarca de ensueño, entre los fragmentos que aún sobrenadan de la naturaleza fantástica de los conquistadores y la naturaleza bravía de la región austral, entre la cosmogonía de los primeros pobladores y el orden decididamente superficial que impuso la autoridad de la soberanía imperial y luego republicana.

Por supuesto, nuestro autor era consciente del laberinto en que se adentraba. Lo ha desafiado desde la niñez. Laberinto no limitado por muros de racionalidad cretenses, sino por una cosmogonía que reproduce las porciones de territorio acumuladas al azar de los caprichos sísmicos. No divaga Valdés a la caza de monstruos, ni los teme. Sin embargo siente la curiosidad de mitos descuidados por la academia, curiosidad de aquellas leyendas locales de etnias de nombres casi olvidados hacia las que clamaba atención Alejandro Lipschutz o simplemente extinguidas. Las recoge de labios de un rapsoda de apodo estrambótico, *Gorra de Mono*, sin entonación épica, al socaire de los actos ingenuos y repetitivos de cebar un mate o cortar un trozo de asado de hombres sombríos que pernoctan a la intemperie para recuperar ovejas extraviadas.

—¿Cómo era entonces la Trapananda?

—Un territorio extenso, como ahora, sumido en una constante semi-oscuridad, pues no había día ni noche, ni astros ni animales. La tierra y el cielo estaban tan unidos que podían tocarse.

—¿Y quién la habitaba?

—Quenós, el enviado del Ancianísimo —dijo Gorra de Mono—, Él y nosotros, sus descendientes. Él mismo nos creó. Dicen que tomó barro de un pantano y lo trabajó durante una semana hasta convertirlo en una arcilla dúctil y generosa. Luego modeló un genital masculino y una vulva penetrable y los unió. De esas

¹ Presentación de *Trapananda* de E. Valdés (Santiago: Nascimento, 1983), por Luis Bocaz, invitado por el autor, con el patrocinio de la Universidad de Los Lagos. Auditorio del *Diario Austral*, Osorno. Miércoles 25 de agosto de 2010, 18.30 hrs.

infinitas relaciones surgieron nuestros antepasados: los hombres de las canoas, llamados selknan, los cazadores de guanacos y nosotros, los patagones. Que-nós, nuestro abuelo, fue un trabajador infatigable. Viajó por toda la Trapananda repitiendo el milagro de poblar la tierra deshabitada. A cada grupo le dio su región exclusiva, la que se extendió desde el archipiélago de las Guaitecas hasta donde la tierra se sumerge. Y como en cada lugar encontró una arcilla diferente, surgieron aquí y allá rostros blancos, y amarillos tostados o macilentos. (82)

En el comienzo, la palabra *Trapananda* de origen y contenido intrincados como las enrevesadas sendas montañosas en las que se extravía Antolín, uno de los personajes con nombre de asonancias poéticas lugareñas. Hay que retornar a la época de la conquista para encontrar en los documentos del siglo XVI el primer empleo del término que, además, sufre oscilaciones gráficas –Trapananda o Trapalanda–. ¿Incuria de copistas apresurados? Lo cierto es que tampoco se puede precisar su etimología que podría derivar de alguna lengua de pueblos originarios o de una mezcla lingüística de hablantes peninsulares y criollos.

Laberinto es, también, determinar la cuota territorial que recubre el término desde aquella lejana época. El autor no ignora la existencia de documentos que situaron a la Trapananda en la región de Tucumán, o de otros más tardíos, en las inmediaciones del Lago Ranco. Pero fueron las expediciones ordenadas por Francisco de Villagra las que fijaron a la Trapananda una ubicación geográfica más pertinaz en la zona sur oriental de la Patagonia.

Ahora bien, ¿qué razones acuden para que la denominación utilizada por Enrique Valdés haya sido un término ubicuo que escapa como una sombra sobre el dilatado extremo sur de nuestro continente? En este punto, resurge majadera la geografía de los Libros de Caballerías que atiborraba las cabezas de los conquistadores cuando pisaron tierra americana. Porfieron, en otras latitudes, tras la Fuente de la Eterna Juventud, o Eldorado o las Amazonas. Y, a veces, como lo subrayaba García Márquez para sorpresa de la Academia sueca, en aventuras venáticas cuyos integrantes terminaron devorándose entre sí. Para no ser menos, en la Patagonia de ambos lados de la Cordillera, distintas expediciones se extenuaron en la búsqueda de la Trapananda que asociaba a la existencia de la Ciudad de los Césares, una ciudad perdida, presuntamente creada por españoles o mitimaes incas, pletórica de oro, plata y piedras preciosas. Encina en el Tomo III de su *Historia de Chile* trae una cuenta abigarrada de aventuras emprendidas entre los siglos XVI y XVIII espoleadas por la invención de esa ciudad fantástica. Aglomeración urbana irreal, nutrida de naufragios en el Estrecho y de narraciones hiperbólicas de tripulaciones y hasta de la suposición de habitantes escapados de la destrucción de Osorno cuando el gran levantamiento indígena de fines del XVI.

Lo cierto es que en medio de todos estos vaivenes históricos, la *Trapananda* terminó por identificarse con nuestra región patagónica de Aysén como lo da por adquirido la bella novela de Enrique Valdés. De ese sentido profundo, que mezcla realidad

y poesía desde las cosmogonías de pueblos originarios, emana el soliloquio inicial del narrador esbozando la impronta de la soledad en el primer capítulo de la obra.

Solo mi madre está viva y la veré dentro de poco. Para esperarla estoy vivo. Ella me retornará a lo que he perdido. Será como entrar en el sur, como pasearse entre los árboles, inclinados por el peso de la nieve, como salir a cazar liebres, en el campo, como darle un poco de sal al caballo que asoma su pescuezo por la ventana, cuando la noche ha sido muy helada.

En octubre regresan también las avutardas: el ave noble, el ganso salvaje de la Trapananda, Sin darme cuenta he vivido todos estos años dentro de su plumaje. Soy una parte de su canto resignado y sordo. Me he apropiado de su ritmo. (9)

Y, así, tenemos los elementos centrales avizorados por esta ficción en la que el narrador asimila su perspectiva sobre la *Trapananda* a la de mirada de un ave local. Los protagonistas o lo que queda de un núcleo familiar después de una aventura pionera impuesta por la acción represiva de un poder central; una naturaleza frente a la cual el ser humano se acomoda abriéndose espacio con el ritual cotidiano. Y, en verdad, desde su apertura la novela se despliega con ritmo de calmo vuelo por encima de la cerviz de los árboles, inclinados bajo la nieve, por encima de los ríos de cursos erráticos, de las islas despedazadas, sobre la pequeñez de hombres y animales aplastados por la sensación de lo que se quiere y no es posible obtener en ese panorama sobrecogedor, como una metáfora de lo que se quiere y no se puede obtener en el país, como una metáfora de lo que no se puede adquirir en el mundo.

La trama traza senderos en la vegetación a imitación de los cursos de agua o de vías apenas entrevistas que, a ratos se unen, se vuelven a separar, atravesando cordones cordilleranos en su intento de llegar al mar. En el constante deambular de los personajes de la novela *Trapananda*, hay sutiles homenajes dirigidos a quienes con el paso cansino de Daniel Belmar transitaban antes por la inmensidad de la pampa frente a los horizontes sumergidos de los coironales:

Esta es la Patagonia, Camilo, dice un camionero al narrador. Y maldito para lo que sirve. Ni las ovejas resisten este coirón. Hay que estar medio loco para venirse a vivir a estos lados, y al viejo de tu padre, ¿qué le dio por meterse a la Trapananda?

Hallazgos de enorme vitalidad narrativa operan como afortunadas anticipaciones. Valga de ejemplo el personaje del profesor relegado por razones políticas en una zona fronteriza, reencarnado una década más tarde en la figura inolvidable de Ramiro Orellana, en el magnífico film *La Frontera* de Ricardo Larraín. De igual modo, referencias insinuadas por Valdés como las de Neltume, que se convierten en torrentoso desarrollo en la novela del escritor valdiviano Rubén González.

Y es normal, porque la obra de Valdés prodiga una galería de rostros extraídos de esa pluriculturalidad que pocas zonas presentan en el país como la región de Aysén, pese a la baja densidad de su población. Desde los chilotes que se aclimataron sobre su suelo, al arribo soslayado de quienes como Efraín, padre del narrador, expulsa el centro por alteración del orden público, hasta ese ir y venir de seres humanos, muy anterior a los débiles límites instalados por nuestros Estados naciones, que reeditan, entre ambas porciones patagónicas transcordilleranas Raimundo y Antolín, dos emigrados a territorio argentino.

La novela abunda en esos perennes desplazamientos. Peregrinajes “hacia ningún lado” (43) pues, en sus páginas, el fantasma de la posesión frustrada ocupa un espacio considerable más allá de los episodios eróticos que solo resumen un drama más hondo: la posesión frustrada del territorio. En la parte más alta de la ristra quizás cuelga el sueño de los conquistadores enloquecidos por el espejismo de la ciudad mítica cuyas techumbres doradas veían resplandecer en cada atardecer. Si en el norte, la Mistral nos recordaba la imaginería del minero a la siga de la veta milagrosa; en el sur, la *Trapananda* es la invención desvelada de una República que ha demorado demasiado tiempo en descubrir el potencial de su tierra. En otras palabras, descubrir lo que bajo precaria soberanía nominativa bautizó territorio, después provincia, después región. Una zona respecto de cuyo nombre la patria aún sufre vacilaciones intolerables desde el uso corriente a los documentos oficiales. Acentuación: Aisen o Aisén; letras: Aisén, ¿i latina o y griega? Coyhaique, ¿i latina o y griega? Una ortografía en la que tropezamos como si todavía estuviéramos deletreando nuestro silabario nacional.

El espíritu pionero invade la obra, pero con la inseguridad de un país al que falta alcanzar la mayoría de edad, a semejanza del púber que recién comienza a tener conciencia de su cuerpo.

–¿Qué lugar es ese? ¿La Trapananda?, pregunta la madre al saber que será el sitio de destierro de la familia bajo el régimen del Presidente Ibáñez.

La respuesta llega con la imprecisión o precisión de zonas forjadas a golpes de cataclismos.

–Al sur del continente. Donde la tierra se despedaza. (15)

–¿Cómo se llegará hasta la Trapananda?, pregunta Efraín en el viaje hacia el sitio de su destierro. Una voz se alza desde el coro con menos sorna que melancólica resignación:

–De muchos modos, señor, en barco o en lanchones. Y, después, a caballo por varios días. (16)

Y, sin embargo, se ha soñado con ese territorio oculto al que no alcanzaría el eco de las disputas que alborotan la ciudad preeminente. A los pies del lejano cerro nevado aguarda el espejismo de la tierra prometida: “tendremos ovejas, caballos para todos, y una casa para tu madre y tus hermanos” (37). El trueno de las grandes fechas

de la historia social del país llega allí muy atenuado o simplemente no llega. Antes que nada es obligado discurrir cómo levantar el refugio indispensable para abrigarse alrededor del fuego. La construcción de la casa familiar en la *Trapananda* es una empresa en la que el hombre venido del centro ha menester de la sabiduría de la buena vecindad con los ciclos de la naturaleza.

Quizás al descubrimiento de ese ritmo obedece el diseño musical que estructura la novela. Además, no sería de extrañar, pues, el escritor ha sido, entre otras cosas, músico nada desdeñable, cellista de la orquesta sinfónica de Chile. Dispersa a través del libro, somos testigos de la avasalladora vocación del narrador, acicateada por sonidos y murmullos de la *Trapananda*. Hay anotaciones decidoras sobre su nacimiento:

–Se te está pegando la música –observa la madre sin mucho entusiasmo.

Más adelante, la novela nos enseña que en la respuesta del niño resuena el eco de la ancianísima edad de los mitos selknam.

–Este zumbido del bosque solitario siempre tiene melodías. Se puede conversar con el arroyo y escuchar el canto de algún pájaro. (12)

Otras páginas nos hablan de su consolidación –a veces, se diría traición– en el estudio sistemático del Conservatorio para responder a fuer de hazaña de caballero medieval al despertar perturbador provocado por el perfume y el beso de la dama codiciada:

Aquella noche decidí convertirme en un músico verdadero. Busqué mis profesores en la ciudad, consulté los avisos de diarios, conversé con los que tocaban en el quiosco de la plaza en las tardes de domingo y nadie tenía tiempo para enseñar. Hasta que mi peregrinaje concluyó con el conservatorio. Ahora sí que podía acercarme con orgullo a Mercedes y contarle que tenía profesores extraordinarios que me enseñaban teoría y solfeo, que leía una partitura, que estudiaba piano y armonía y que por fin tendría un profesor exclusivo para la guitarra. Mercedes se dejó fascinar. Yo estudiaba para ella (¿o para todas las niñas del internado?)

¿Queda hueco, entonces, para las voces de la *Trapananda*, para el murmullo de sus arroyos, para los conocimientos antiquísimos de sus rapsodas?

El primer esfuerzo consistió en olvidar lo que traía de la *Trapananda*, no porque no sirviera, sino porque era muy diferente a lo que allí aprendería. Cerré con gusto esa primera puerta a mi pasado; pero no pude olvidarme del vals que me enseñó Gorra de Mono en su cabaña del Baker. Aunque dejé de tocarlo por todos esos años, él siempre estuvo allí, del mismo modo que el arroyo donde solía refugiarme. (131)

Diversos motivos se eslabonan en torno del narrador: el amor, la vida intelectual, la política. Otros motivos desarrollan episodios relativos a otros personajes según tramas sinuosas. El padre, Raimundo, Antolín, Silverio. En todos los rostros asoma la presencia de un sueño frustrado como si se tratara de retornados de las fallidas expediciones a la Ciudad de los Césares, porque el tema de fondo alude al significado de la vida en una Trapananda de la infancia del autor.

En ese cementerio de sueños frustrados, el Tiempo hace sentir su misterio con la insistencia de una deidad precolombina que no se resigna a la cronología del conquistador. La Trapananda de Valdés destila un tiempo propio dotado de la sinuosidad de las rutas cordilleranas o de las sendas boscosas. No hay personaje que escape a su embrujo desorientador. Todos creen haber iniciado un viaje con un destino preciso. Todos, a la vuelta de un recodo, descubren que nunca salieron de la Trapananda como en ese trabajoso viaje sin fin de Raimundo y Antolín que embrolla fechas, acontecimientos y roles sociales.

- ¿Nos queda yerba suficiente?
- Si la cuidamos, Antolín... nos durará diez días.
- Bastante para llegar, si es que no estamos perdidos.
- Cuida tu boca, Antolín! Siempre dudando y haciéndonos dudar. En vez de dar ánimos te pones a desconfiar de todo. Aquí no puede saberse cuándo llegaremos ni en qué lugar del mapa nos encontramos. ¿Cómo quieres que te responda?
- Dijiste que conocías muy bien el camino, Raimundo.
- No lo recuerdo. No estoy seguro si son los mismos lugares por los que nos vinimos, ¡hace más de veinte años! (102)

Enraizada en una distante zona de ficción y realidad que comienza a ser objeto de un renovado interés del cine y la literatura y, con menos nobleza estética de la economía, *Trapananda* de Enrique Valdés ha sido distinguida con galardones nada despreciables: Premio Municipal de Santiago y Premio de la Academia de la Lengua. El libro fue publicado por la Editorial Nascimento, en una edición cuyos ejemplares, ahora piezas bibliográficas, portan la indicación del año 1983, lo que ahorra comentarios para comprender la época en que Enrique Valdés trabajaba sus distintos capítulos. Errará, sin embargo, quien considere que los pasajes iniciales sobre el trayecto al destierro de un profesor primario exonerado y encarcelado por el gobierno del General Ibáñez administran, por vía alegórica, las claves de la obra. El libro de Valdés desde una perspectiva múltiple aloja, también, la contingencia política pero la rebasa. Ya sea porque el eco de las fechas políticas que se disputan en el centro llega demasiado atenuado o no llega a la Trapananda. O porque la metáfora patagónica invita a indagar desde orígenes –que no son los auténticos– la razón de un abandono, de una frustrada posesión territorial donde el ser humano nada espera que no sea de la solidaridad de otros desamparados. En suma, la exigencia de olvidar el destello de los techos dorados de la Ciudad de los Césares para construir un futuro colectivo más allá de la invención.